

“DAVID CON LA HONDA, YO CON EL ARCO”¹

La mirada interior es una chispa de inquietud que quiere contemplar el secreto de la vida. No satisfecha con los límites del espacio, atraviesa los umbrales del tiempo para encontrar, en una visión trascendente y global, el rostro de la verdad. El hombre histórico es una existencia temporal, concreta, única e irrepetible. ¿Dónde encontrar, en esta soledad de ser protagonista, un modelo a seguir, una luz que le oriente en el camino que lleva a ser él mismo? La historia, sin dudas, es maestra y tesoro: el pasado es fuente de sabiduría que ilumina el presente y éste converge hacia un futuro de plenitud. Su magisterio callado se ejerce en todas partes: en la ciudad, los libros, el arte y la cultura. Basta tener sed e interrogar para saciarse en su caudal, descubrir los atributos de la condición humana y hasta la misma voz que Dios pronuncia en el devenir del hombre.

Semejantes inquietudes animaron al hombre del renacimiento: buscar, escudriñar, encontrar su lugar en el universo y su verdadera vocación, abrirse al mundo y a Dios desde sus inmensas potencialidades. La filosofía de la época relee los clásicos, la fe se encuentra con la razón, la ciencia se concentra en mejorar las condiciones de la vida y el arte busca una nueva expresión que encarne los deseos, proyectos y utopías que el Creador sembró en el alma humana.

Entre los exponentes de este movimiento de renovación, sobresale por su talento, originalidad y fuerza expresiva Michelangelo Buonarroti (1475-1564), un enamorado de la belleza, que consideraba epifanía del espíritu y verdadera esencia que da origen a la diversidad de las formas. Se definió a sí mismo como escultor –aunque también era pintor, arquitecto y poeta– dada su preferencia por la representación tridimensional, volumétrica. Entendía la actividad de esculpir como un proceso ascético: golpear, amputar, penetrar, hacer brotar, “a fuerza de supresión”², la belleza que se esconde en el alma de las cosas.

Su pasión es el ser humano; simbiosis de lo sagrado y lo profano, lo animal y lo divino, el alma y el músculo en un solo latido, que el artista intenta aprehender desde la representación. El hombre del artista Buonarroti emerge en soledad, independiente del mundo circundante; se alza viril y heroico, transfigurado por

el dolor, moldeado por la historia, obligado por impulso del corazón a buscar la divinidad. Ante los ojos del espectador, desfila el sufrimiento sereno de la Madre Dolorosa, la soledad del profeta, el sentimiento de los místicos y sibilas, el esfuerzo vital de sus gigantes desnudos, el hombre inacabado que brota de la piedra, el universo humano, en fin, al que el genio imprime su estilo imponente y a la vez austero, sobrio e inspirado en las virtudes del clasicismo, llamado por muchos *terribilitá*.

Para el año 1504, por circunstancias de la vida, Miguel Ángel va a residir en Florencia, una ciudad que ensalzaba el arte y valoraba a los artistas. Va a comenzar la época más fecunda de su actividad. Años atrás existía, en la cantería de Santa María de Fiore, un bloque de mármol de Carrara, mal desbastado, de nueve brazas y media de altura. Los cónsules del arte de la lana, buscaban a alguien que fuera capaz de esculpir en él la imagen del rey y profeta David, para la ornamentación de la catedral. El también creador de la *Pietá* se comprometió en un proyecto ambicioso que, de lograrse, dejaría atrás las enormes estatuas de antigüedad romana.

El tema de David en el arte de la época no era, por cierto, nada original. Una de las características del *quattrocento* italiano es el retomar los personajes bíblicos y enriquecerlos, para su representación, con códigos del clasicismo. Las múltiples esculturas que existían del Rey semita, intentaron exaltar la belleza corporal que adornó su persona: “David era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia” (I Sam 16,12), o bien la dignidad del héroe vencedor, después del combate. Miguel Ángel eligió encumbrar el momento de máxima tensión: la soledad radical del hombre al tomar una decisión que compromete la vida, cuando la posibilidad del fracaso es proporcional a la del éxito, la potencia que se hace acto, la fuerza interior que se consolida, la gravedad del instante crucial. El futuro arquitecto de la Basílica de San Pedro se sentía retratado, porque siendo también joven e inexperto, pero lleno de ánimo creador, debía enfrentar, para lograr el éxito, el rigor de la crítica florentina y al mismo Leonardo Da Vinci, un gigante reconocido por

todos. Así, David surge del mármol desbastado con una fortaleza tal, que “sus venas parecen a punto de romperse por la rápida afluencia de la sangre, la uña del pulgar se hunde en la falange con la misma enérgica presión que se manifiesta en los rasgos del rostro, extraordinariamente feroz, rostro de tormenta, bajo mechones encrespados por el viento de palucha que pasa por esta frente colérica. Los labios (...) no se unen. La nariz aspira el aire con violencia, las pupilas, felinas, se dilatan en el iris; los mechones de cabellos parecen clavarse en la frente, en la que el escultor ha señalado, a zarpazos, los surcos de una voluntad amenazadora”³.

El resultado es la gigantesca estatua de un joven desnudo en cuyo cuerpo se manifiesta la energía de la vida, la verdad más íntima del ser sin máscaras; un cuerpo que, lejos de sugerir erotismo, transparenta el espíritu robusto y viril de quien, confiado en su Dios, se lanza al momento decisivo sin escudo ni armas. A principios de 1504 dio por terminada la obra que, por su hechura magnífica, su tamaño colosal y la audacia de su actitud, llegó a ser símbolo de Florencia y del arte renacentista.

David permanece como un monumento al humanismo cristiano, que valora al hombre por su condición de ser-en-sí, por la dignidad intrínseca de saberse hijo, “fruto de un pensamiento amoroso”⁴ que Dios moldeó en la materia de la vida, insufló aliento en sus narices y así resultó un ser viviente. (Cf. Gn2,7) La historia comienza cuando las Manos Alfareras, autoras de la belleza, se encuentran con las de su criatura, trémulas y débiles, –instante que Miguel Ángel reprodujo espléndidamente en los techos de la Capilla Sextina– y constituye un largo camino de pecado y gracia, de tiniebla y luz, donde la imagen divina se configura en el hombre cuando éste experimenta el misterio insondable de Dios.

David es un hijo de nuestra raza y objeto de la elección divina, por un designio misterioso “que supera infinitamente al hombre.”⁵ El elegido se descubre incapaz, pero se abandona en la Fuerza que actúa en la debilidad. El filisteo lo desprecia por su apariencia infantil, y el joven se le enfrenta “en Nombre de Yahvé Sebaot, Dios de los Ejércitos de Israel” (I Sam 17, 45b) y “metió su mano David en su zurrón, saco de él una piedra, la lanzó con la honda e hirió al filisteo en la frente; la piedra se clavó en su frente y cayó de bruces en tierra.” (I Sam 17,49).

El combate singular, en que resulta exaltado el humilde, pasó a formar parte de la memoria cultural de occidente: a los niños se les relata el episodio como

una deliciosa fábula; los adultos lo releen, muchas veces desde claves hermenéuticas descontextualizadas y lo convierten en arquetipo de enfrentamientos políticos o ideológicos. Para la tradición bíblica, en que la historia de Salvación alcanza su plenitud en Cristo, que amó a sus enemigos y venció al mal en una cruz, la narración es paradigma de la lucha que libra la humanidad contra el enemigo que acecha en su talón: el mal que tiene mil rostros, expresados en toda situación alineante que amenaza la existencia y el desarrollo del hombre tanto individual como colectivamente. El Papa Juan Pablo II, de feliz memoria, comenta para los jóvenes cubanos: “se extiende una perniciosa crisis de identidad que lleva (...) a vivir sin sentido, sin rumbo ni proyecto de futuro, asfixiados por lo inmediato. Surge el relativismo (...) mientras se tiene la tentación de rendirse ante los ídolos de la sociedad de consumo, fascinados por su brillo fugaz.”⁶ Cada individuo tiene una senda cuesta arriba que recorrer: su historia personal, su imperativo categórico. La vida es la lucha por roturar caminos nuevos, romper códigos despersonalizantes y nacer al mundo infinito del amor. El mal se interpone, pretende detener la marcha e inmovilizar al hombre, pero el creyente sabe que cuenta con la ayuda de lo alto para enfrentar el desafío “en todas sus manifestaciones públicas y sociales (...) y procurar derrotar en primer lugar al pecado, raíz de toda forma de mal, que puede anidar en el corazón humano.”⁷

La estatua del “Gigante” de Florencia habla a los siglos desde su eterno silencio de piedra para recordar –y también a este mundo secularizado, en que el criterio del hedonismo llega a ser la medida del bien, donde se busca eliminar el valor del compromiso, del sacrificio, de lo permanente– que el camino del hombre pasa por el momento imprescindible de hacer un alto, tomar las riendas de la vida y dar el salto que nos convierte en artífices de nuestro destino y en peregrinos del Absoluto. Ω

NOTAS

1. Pie de página firmado por Miguel Ángel en un boceto dibujado del “David”. Citado por Delogu. G. *Miguel Ángel escultor, pintor y arquitecto*. Ed. Labor. S.A. 1958. p. xxxiii
2. Buonarroti. M. *Carta a Benedetto Varchi*. Citado por Delogu. G. Op. Cit. P. xxiii.
3. Berenice. F. *Miguel Ángel o la voluntad de poder*. Ed. Castilla. S.A. Madrid, 1965 p. 132.
4. Cf. Homilía del Papa Benedicto XVI en la Misa de Inicio oficial de su Pontificado. *Palabra Nueva*. No. 141, p. 11.
5. SS. Juan Pablo II. *Don y Misterio*. Plaza&Janés editores, S.A. de CV. 1997, p.9.
6. CF. SS Juan Pablo II. *Mensaje a los jóvenes cubanos*. Camagüey, 23 de enero de 1998. No. 3.
7. Idem. No. 4.